



MARÍA VELASCO

*La soledad del paseador de perros*  
*Diario dramático*





*A Malena, paseadora de soledades.*

«El amor entre un hombre y un perro es un idilio. En él no hay conflictos, no hay escenas desgarradoras, no hay evolución».

Milan Kundera, *La insoportable levedad del ser.*

«El efecto beneficioso de la compañía de un perro proviene de que es posible hacerlo feliz; pide cosas tan simples, su ego es tan limitado... Puede que en una época anterior las mujeres se encontrasen en una situación comparable: semejante a la de un animal doméstico. Sin duda, había una forma de felicidad domótica, ligada al funcionamiento corriente, que ya no logramos entender; sin duda, existía el placer de constituir un organismo funcional, adecuado, concebido para llevar a cabo una serie discreta de tareas; y esas tareas, al repetirse, constituían la serie discreta de los días. Todo esto ha desaparecido».

Michel Houellebecq, *La posibilidad de una isla.*

## LA SOLEDAD DEL PASEADOR DE PERROS. DIARIO DRAMÁTICO

---

*La soledad del paseador de perros se estrenó, con dirección de Guillermo Heras y María Velasco, el 14 de abril de 2016, en la Sala Cuarta Pared, de Madrid, con el elenco figurado a continuación.*

AUTORA: María Velasco

ELLA (alter ego de la AUTORA): Olaia Pazos

ÉL (Rodolfo): Carlos Troya

MALENA/MUJER: Valeria Alonso

HOMBRE (y también amigo): Kike Guaza

Asistente de dirección: Tamara Gutiérrez

Escenografía y diseño de luz: Marta Cofrade

Vestuario: Raquel Soto

*El orden de las escenas es variable, pero nunca aleatorio.*

*Los textos no atribuidos al *dramatis personae*, a los miembros del elenco, son los que corresponden a la AUTORA o, en su ausencia, a una rapsoða adicional.*

*Los textos sombreados serán preferiblemente proyectados y/o escritos, según la propuesta del director.*

## La soledad del paseador de perros

Desde la ventana, pienso en la inconsolable soledad del paseador de perros.

Pienso en la masturbatoria soledad del paseador de perros.

En la pulgosa soledad del paseador de perros.

Pienso en una soledad que pasea sola entre los paseantes y se pone a cuatro patas.

Pienso en una soledad que no grita, porque lleva bozal.

Ciega de comer azúcar.

Pienso en morder, morder, morder...

Pienso en mear todas las esquinas,  
para que no puedas dar un paso sin recordarme.

Pienso en poner a mi soledad una correa alrededor del cuello.

Pienso en el olor de tu culo,  
y mi soledad da arcadas de nostalgia.

Pienso en zambullirme en los charcos y morir de pulmonía.

Pienso en una soledad parasitada.

Pienso en la inconsolable soledad del paseador de perros y me toco pensando en que algún día su pointer intercepte a mi pekinés. Los ladridos no dejan oír las palabras, y dialogamos con las manos, con los pies.

Pienso en hacer algo heroico por ti.

Sacarte a nado de un remolino  
y pastorear a tus ovejas negras.

Pienso en comer huesos.

Mi soledad es un perro que aúlla sin que nadie lo pueda oír.

Mi soledad unta su hocico en el serrín, una, otra vez.

Mi soledad es un perro cazador que hace muestras a lo invisible.

Mi soledad es un cruce que no puede respirar.

Mi soledad no responde a su nombre,  
solo al timbre de tu voz.

Perro, tú. Perra, yo.

Perros todos.

**Aúlla un perro...**

ELLA.– Nos conocimos un 9 de noviembre,  
 la Noche de los Cristales Rotos,  
 aunque también podíamos habernos conocido la Noche de San Barto-  
 lomé,  
 la Noche de los Cuchillos Largos.  
 O un 11S  
 o un 11M  
 o un 13N.  
 en la Cruzada de los Niños,  
 en la Conquista de América,  
 en Damasco o Vietnam.  
 Pudimos conocernos en las Guerras del Opio, en el bombardeo de  
 Dresde.  
 en la operación Plomo Fundido, Odisea al amanecer, Tormenta del de-  
 sierto.  
 ¿Haití?  
 Pero nos conocimos un 9 de noviembre,  
 la Noche de los Cristales Rotos.

EGO	CÁMARA DE GAS
ESPERANZA	CRUCIFIXIÓN
ILUSIÓN	DECAPITACIÓN
<b>CONFIANZA</b>	PRIVACIÓN DE SUEÑO
CARIÑO	CASTRACIÓN QUÍMICA
AMOR PROPIO	AHOGAMIENTO
SOSIEGO	SILLA ELÉCTRICA
AUTOESTIMA	<b>EMPALAMIENTO</b>
ESPONTANEIDAD	LAPIDACIÓN
GENEROSIDAD	GUILLOTINA

ELLA.– Decapitaste a mi ego.  
 Empalaste a mi esperanza.  
 Castraste químicamente a mis ilusiones.  
 Privaste de sueño a mi confianza.  
 Crucificaste a mi cariño.  
 Arrojaste al mar a mi amor propio.

Gaseaste a mi sosiego.  
Lapidaste a mi autoestima.  
Electrocutaste mi espontaneidad.  
Guillotinaste mi generosidad.

*DANCE ME TO THE END OF LOVE*, DE LEONARD COHEN

*Mientras la pareja baila, muy prieto y muy despacio, Dance me to the end of love, recitando y tergiversando -como sigue- la letra, Malena baila sola hasta la fractura.*

ELLA.- Llévame.

ÉL.- Baila conmigo hasta tu belleza.

ELLA.- ¿Con esta nariz?

ÉL.- Con un violín...

ELLA.- Con un saxo.

ÉL.- Déjate llevar.

ELLA.- A través del pánico.

ÉL.- De las palmeras.

ELLA.- Elévame...

ÉL.- ¡Guau!

ELLA.- Como a una pancarta.

ÉL.- Sé mi paloma.

ELLA.- ¡Qué asco las palomas!

ÉL.- La paloma que me lleve de regreso a casa.

ELLA.- No soy un perro policía.

ÉL.- Pero me cuidas.

ELLA.- Sí.

ÉL.- Me estás destruyendo.

ELLA.- Baila conmigo.

ÉL.- Cuando los testigos se hayan ido.

ELLA.- ¿Qué testigos? ¿Dónde los testigos?

ÉL.- Déjame ver tu belleza.

ELLA.- Déjame sentirte. Déjame sentirte moviéndote.

ÉL.- ¿Cuántas veces haríamos el amor si por ti fuese?

ELLA.- Muéstrame los límites.

ÉL.- Llévame al final.

ELLA.- ¿Hasta la boda?

ÉL.- Muy lejos.

ELLA.- Por mucho tiempo.

ÉL.- Por debajo.

ELLA.- Por encima.

ÉL.- Hasta el final...

ELLA.- Por los niños que piden permiso.

ÉL.- ¿Permiso?

ELLA.- Para nacer.

ÉL.- Baila conmigo a través de las cortinas que han ajado...

ELLA.- Que nuestros besos han gastado.

ÉL.- Aunque cada hilo esté roto.

ELLA.- O se rompa. Y llévame bailando. Tócame.

ÉL.- Con tu mano desnuda o con tu guante.

ELLA.- Llévame.

ÉL.- ¡Hasta el final!



Olaia Pazos y Carlos Troya. Foto Jean-Pierre Ledos.



ELLA.— Cuando cierras la puerta, un terror inmenso se apodera de mí. Necesito un montón de pastillas para dormir, y otro montón para despertar. No pongo un dedo sobre las pruebas del delito. Dejo todo como está. Dejo los posos fríos del café y el culo de cerveza. No vacío el cenicero. No me lavo. Dejo que las gotitas de ti se evaporen, porque después de una violación nunca hay que eliminar las huellas. (*Pausa.*) Mi cuerpo es la huella. Aprieto el esfínter para que tus bebés no se vayan por el WC. Lloro en la cancela. Me echo sobre el colchón, con las sábanas arrebujadas a los pies, igual que un gato, y dejo que el insomnio venga.

### La prima vez

HOMBRE.— La prima vez. Se despierta. El *rimmel* y el maquillaje atrasado han dibujado un *animal print* en el almohadón.

ELLA.— Mierda, habrá que frotar.

HOMBRE.— Está congestionada y de mal humor.

ELLA.— Bebí garrafón.

HOMBRE.— Se voltea descubriendo un cuerpo a su lado.

ELLA.— ¿Quién? ¿De dónde salió?

HOMBRE.— Trata de componer los pedacitos de noche.

ELLA.— Me advirtió el psiquiatra: nunca mezclar con alcohol.

HOMBRE.— No alcanza a ver el rostro del hombre que yace a su lado.

ELLA.— No sé si es mi tipo, la verdad.

HOMBRE.— Solo su nuca.

ELLA.— ¿Es mi tipo?

HOMBRE.— Ahora recuerda a un chico junto a la máquina de tabaco, sonriendo como Clark Gable al final de la escalera en *Lo que el viento se llevó*.

ELLA.— Y el taxi. Porque vinimos en taxi, ¿no?

HOMBRE.— Se levanta al baño y reconstruye la escena del crimen.

ELLA.— ¡En el salón!

HOMBRE.— Le tranquiliza ver un condón.

ELLA.— ¡Usamos!

HOMBRE.— Anudado sobre el parquet.

ELLA.— ¡Bien!

HOMBRE.— Cuando vuelve al dormitorio, él se despereza como un galgo.

ELLA.— Le despido rápido y...

HOMBRE.— Y él se acopla a su costado.

ELLA.- ¡No está mal... el flaco!

HOMBRE.- Si alguna vez supo su nombre, lo ha olvidado.

### **Me hacías volar, *low-cost***

ELLA.- Me hacías volar, *low-cost*.

ÉL.- ¿Volar *low cost*? No sé si eso es bueno.

ELLA.- ¡Claro! Poder volar a cualquier lugar sin dinero, o con muy poco.

ÉL.- Pero *low cost* es *low cost*.

ELLA.- ¿Cómo querías que lo escribiese? ¿Me hacías volar *business class*?

ÉL.- Y se nota que es *low cost* incluso en los uniformes.

ELLA.- Basta.

ÉL.- Y en la comida.

ELLA.- ¿Qué comida, si la mayoría son vuelos de corto trayecto?

### **Parecía que el invierno no iba a llegar nunca**

Parecía que el invierno no iba a llegar nunca. Los lunes hacía sol. ¡Joder! Era como vivir en un chiste de andaluces. Nos habíamos mudado mentalmente al Sur, y como en el Sur siempre hace bueno, no trabajábamos. Dormíamos más de ocho horas, después de hacer el amor, dos o tres veces, y desayunábamos dos o tres veces también. Luego, nos sentábamos en el café, como franceses -con vistas a un paseo marítimo de asfalto-. Vivíamos como millonarios. Despreocupados. Preocupados solo por el amor. (*Pausa.*) Y, como en Madrid no dejaba de ser verano, y como en Madrid no podía olvidarte, cogí un avión a otra estación, y volé al invierno. Madrid-Buenos Aires, escala en Roma, casi quince horas de viaje en el asiento demasiado rígido de un avión.

### **Malena**

*Con acento argentinoísimo.*

MALENA.- Esto no es Europa, aquí el grifo no funciona; el mando tampoco funciona, ni el termostato.

ELLA.- ¿Hay algo que funcione?

Mi compañera se llamaba Malena Moffatt, o lo que es lo mismo, Malena Mofeta, era hija de psicoanalistas, además de paseadora de perros.

MALENA.- Quizás me gustan los perros porque no tengo hijos, o bien, porque son una prolongación narcisista de mí misma. «Artistas», les digo; a los perros les digo «artistas». No hay por qué comprarles vestiditos ni juguetitos ni galletitas crudivegananas. Una cosa es tener un perro, y otra ser un pelotudo. Schopenhauer, de hecho, tenía un perro llamado Atman; y Lacan, el psicoanalista, uno que se llamaba Justine. Me gustan los perros grandes, como el San Bernardo, y los de pelo corto. Siempre he sido paseadora. Ahora nada más que paseo a la Bestia, pero llegué a pasear hasta seis, seis canes. Los llevaba atados a la cintura, así, ¿ves? De esta forma. A la perra yo la quería mucho. A los seis, pero a la perrita... Y ese día era feriado, y no tenía por qué trabajar, pero llenan mi vida los animales. Y, de pronto, de la nada, aparece un rottweiler. Ladra el rottweiler, nos enseña los dientes y la lengua, como si toda esa cantidad de incisivos y caninos no le cupieran en la bocota. Babosea. Le cuelgan de la boca espumarajos como algodón. Los perros, mis perros, se ponen nerviosos, y comienzan a voltearse. Pronto soy un Laocoonte. Giran y giran olfateando el miedo en sus culos, y yo doy vueltas como un carrusel. El rottweiler ya está encima, y la sangre me salpica. ¿Sabías que la sangre representa el seis por ciento del peso de un perro? Ruedo por el piso, ruedo forzada y astringida. ¿Viste el *bondage*?

### Nuestra amistad era como pájaro en manos de niño

*Visionado de la serie animé Heidi. El capítulo aquel en que Niebla se come a Pichi.*

<https://www.youtube.com/watch?v=2T3AHK-rzu4>

### Bondage

ELLA.- Mírame. Me duele la frente. Que me mires.

ÉL.- Ya sabes lo que hay.

ELLA.- Me está saliendo algo...

ÉL.- ¿Intentas cambiarme?

ELLA.- ¿Para qué? Esto es como la ortodoncia. Después de todas las torturas de la odontología, los dientes se recolocan como les da. Yo ni siquiera puedo morder, mira.

ÉL.- Si me acuesto con extrañas es para hacer guarradas.

ELLA.- ¿Y por qué no las haces conmigo? Hazme una lluvia dorada. Venga, aquí, ahora, vamos. Házmela.

ÉL.- ¿Pero qué coño haces?

ELLA.- Un beso negro.

ÉL.- Quita, pesada.

ELLA.- El colibrí.

ÉL.- ¿El coli-qué?

ELLA.- Yo tampoco sé qué es (*Pausa.*) ¿Por qué conmigo no?

ÉL.- Contigo...

ELLA.- ¿No irás a decir que me respetas? Di, al menos, ¿que me amas?

ÉL.- El amor es una puta proyección.

ELLA.- Voy a vomitar. Oral con vómito, ¿qué te parece?

ÉL.- No digas cerdadas.

ELLA.- Nada de lo que sucede entre dos cuerpos es una cerdada. He sido infiel a todas mis parejas...

ÉL.- Yo soy de Bahía, ¿pero tú cómo eres tan puta siendo de Burgos?

ELLA.- Y ahora que tengo una relación abierta, mira por donde, ya no necesito acostarme con nadie.

*Silencio.*

ÉL.- ¡Tengo ganas de envejecer! ¡La juventud es, más o menos, como una locura transitoria!

ELLA.- Todo seguirá igual, solo que tendrás más canas en los huevos.

ÉL.- ¿Por qué hablas así?

ELLA.- Porque tengo celos de cómo envejecen los hombres.

ÉL.- Todo depende del hombre que elijas ser, si eres hombre (*Silencio.*)

¿Te acostaste con alguien en Buenos Aires?

ELLA.- ¿Pero no querías una relación abierta?

ÉL.- Una relación abierta solo para mí.

ELLA.- Me acostaba, sí, con tu ausencia.

ÉL.- Los cojones.

ELLA.— Todo fue por culpa de Jacinto Bragas de Papel.



Kike Guaza. Foto Jean-Pierre Ledos.

## Jacinto Bragas de Papel

*Suena tango electrónico.*

HOMBRE.— Se alza el telón con una hora de retraso. Olor a «faso», a marihuana, en el *backstage*. El público empieza a inquietarse. Es un día de diario, pero no hay por qué ni para qué madrugar en un país como Argentina. Es mejor no acostarse. La gente palmea, chifla, mientras detrás de la lona se escucha una calada. Vino con una pinche colombiana, que parece de buena familia y que, pese a haber sido adicta a la «merca», la cocaína, tiene una bonita naricilla, y aspecto de heroína de videojuego. Sus ojos están achinados por la falta de sueño y un matrimonio fracasado. Toda una burguesa de tercera generación que sobrevivió a la cirugía de las adicciones. Desde que se separó de su marido, ya no se acuesta con un hombre por segunda vez. (*Pausa.*) Le insiste para ir a un concierto.

MUJER.— ¿Aún no fuiste a escuchar tango? Pareciera que esos bandoneonistas están teniendo su mejor orgasmo.

HOMBRE.— Ella le dice que está sin blanca.

MUJER.— Si todos los vascos son terroristas, todos los colombianos son narcos.

HOMBRE.— Son más de las nueve -comienza la carrera por la última barra de pan- y, en el transporte público, los rostros cansados le recuerdan que tiene que acuchillar el parquet. Preguntan a un policía por El Abasto, que les dice que será mejor andar siete cuadras por otro barrio más seguro, pero toman un atajo.

MUJER.— Ahí, incluso nos llegará el sudor de los bandoneonistas.

HOMBRE.— La colombiana se quita el abrigo -las motas del escote parecen la canela de un café a la crema- y protesta por la impuntualidad sin perder la sonrisa social.

ÉL.— Todo esto está muy bien, ¿pero quién es ese tal Jacinto?

MUJER.— Los bandeonistas están en primera línea. Abren fuego. Siete o más. Detrás los violinistas, y al lado, un contrabajo. Toda la plantilla es masculina. La orquesta típica Fernández Fierro, o el patriarcado del tango; el fuelle (setenta y un tonos abriendo y setenta y un cerrando), o la testosterona. Cuando veo a los músicos esponjarse como sus bandoneones y resbalar el hueso de violinista por el astil como por el cuello de un ser humano...

ELLA.— Me acuerdo de Jacinto «bragas de papel». A él lo conocí en mi primer y último campamento de verano. Iba al conservatorio...

ÉL.— ¡Así que un músico!

ELLA.— Tocaba con verdadero virtuosismo el acordeón. Pero era un campamento multiaventura (*rafting, trekking*, tirolinas, qué sé yo), y a nadie le interesaba el acordeón de Jacinto, porque Jacinto, delicado como una plantita, nunca había acertado a coger un balón con las manos. El flequillo festoneaba unas lentes redondas y dos ojos roñosos pero inteligentes. ¡Guau! Mirando a esos músicos (realmente parecía que estaban teniendo su mejor orgasmo), imaginé el triunfo profesional y anal, en un gran auditorio en el centro de Europa, de Jacinto Bragas de papel, lejos, al fin, de una provincia sin oído.

ÉL.— ¿Y qué?

MUJER.— El concierto no hace mucho que ha terminado, y el cantante-rapsoda-convulso se ha acercado a su mesa. Luego el contrabajo lo ha



Carlos Troya y María Velasco. Foto Jean-Pierre Ledos.

HOMBRE.— ¡Permiso!

MUJER.— Y se sentó. A los contrabajistas siempre les hace mucha ilusión que digas «contrabajo» y que no digas «viola», que no digas «cello», que no digas «harpa». Así da comienzo una seducción involuntaria. Él le rellena la copa (beberán hasta una botella «por barba») y habla de su ex mujer.

HOMBRE.— Española como tú.

MUJER.— Le recomienda un par de escritores argentinos muy originales.

HOMBRE.— Borges, Cortázar...

MUJER.— Le dice que tiene piernas y medias lindas, y le propone ir directamente a un «telo». Mientras tanto, «Miss Colombia» se ha encontrado con un viejo amigo, y hace endiablados méritos para el cáncer de pulmón. Las pausas se enredan en la barba rojiza del contrabajo.

ELLA.— Nunca pensé que alguien que se acerca con intención de no dormir solo, pudiera hacer tantos silencios. «Y bien... Y bien...». Su barba me recuerda a esos árboles en los que se convertían los gnomos al morir.

Tiene cara de escocés o de whisky. Ni siquiera me gusta, pero no tengo dinero para un taxi.

HOMBRE.— ¿No quieres pasar un buen rato?

MUJER.— Ella se muere por ver un «telo». En España la gente comparte el aliento mañanero después del sexo rápido.

HOMBRE.— Aquí enfrente, muy cerca, hay un lugar donde podemos pasarlo bien.

ELLA.— ¿No vas a besarme antes de llevarme al «telo»?

MUJER.— Y pide preservativos en la recepción.

### **Empiezo a olvidarte. Mira cómo te olvido. Mira cómo te he olvidado**

Después de catorce horas de coma, ha despegado los ojos. Se ha sacudido un sueño. En el baño se ha maquillado. Ha empapado las lágrimas. Y se ha vuelto a maquillar. En el bidet se ha lavado como una gata. Se ha mirado desnuda al espejo, y se ha puesto ropa bonita, y tacos.

ELLA.— Empiezo a olvidarte. Mira cómo te olvido. Mira cómo te he olvidado.

*Se ha acodado en la barra del bar. Los ojos de él la han alcanzado como un dardo. El dardo lanzado a un elefante. El elefante es un animal muy vulnerable por su tamaño. Él se ha acercado y ha dejado caer su mano flácida, como un péndulo.*

ELLA.— Empiezo a olvidarte. Mira cómo te olvido. Mira cómo te he olvidado.

*De camino a casa la ha manoseado y besado. Su boca le recuerda una cicatriz de cesárea. Los labios finos y secos unidos por los puntos de sutura. Los dientes, color yodo.*

ELLA.— Empiezo a olvidarte. Mira cómo te olvido. Mira cómo te he olvidado.

*En el living se ha bajado los pantalones y ha tropezado con ellos. El pene es poco más que un clitoris. Ella lo evita y, a ras del piso, le chupa los pies. Pero él la sostiene por el pelo y, pronto, tiene su polla en la boca, como un pedazo de malvavisco o de asado del día anterior.*



ELLA.— Empiezo a olvidarte. Mira cómo te olvido. Mira cómo te he olvidado.

*Ella está en el suelo. Se siente como un túnel de lavado o una misionera. Sueña mimetizarse con el parquet, ser ocre, desaparecer. Entonces él, que aún no ha eyaculado, se saca el profiláctico y orina sobre su cuerpo.*

ELLA.— Empiezo a olvidarte. Mira cómo te olvido. Mira cómo te he olvidado.

### El té de las cinco (de la madrugada)

Al menos una decena de veces te respondí al telefonillo de madrugada, y te cubrí de besos. Pero cuando yo te necesité, te sentiste mi rehén, y te dirigiste a mi pena como a una puta funcionaria de prisiones. No volverá a suceder. Ya no. Pagaste tu rescate con dolor y más dolor. El dolor no espera. Es impaciente. Y tú que has venido a mi casa a la hora en que los amantes descienden de la cruz de la noche, deberías saberlo. El dolor quiere todo ahora. El dolor es la única prueba de que el presente existe. Te arrojé noche tras noche. Noche tras noche le arrojé.

ELLA.— Esa noche te arrojé y te dejé un *pack-lunch* para la vigilia: un paquete de galletas con cereales, una temporada de una serie de la HBO y un repelente para monstruos nocturnos: Lorazepam.

MUJER.— Te arrojé noche tras noche. Noche tras noche le arrojé.

ELLA.— Y hoy tú me dejas sola sola sola en la trasnoche, que es peor que ir con minifalda por un barrio periférico.

MUJER.— Y yo he sido solidaria con todos los que se desvelaban por un sueño. Con todos, con todos, con todos.

ELLA.— Esperaba un *Whatsapp*. De haber sabido que las dos rayitas del *Whatsapp* podían causar tanto sufrimiento, seguiría comunicándome con señales de humo. Y solo llegaban notificaciones de la Agencia Tributaria y *selfies* y robados de una fiesta a las que yo acudí para no echarme de menos.

MUJER.— Y te recordaba intentando olvidarte, y te arrullaba con el olvido.

ELLA.— Te reservas el derecho de admisión, ¿no? Yo soy la mujer-centro-de-día. ¿Viajas solo o en compañía?

MUJER.— Dame las buenas noches, dame el cielo por la boca.

ELLA.— Y me acuerdo de esa canción de Parchís, ese grupo de mierda, que decía: «Buenas noches, señor monstruo», porque, mira, hasta los monstruos merecen que les den las buenas noches, y las momias su *pack-lunch*.

Eres mi insomnio.

MUJER.— Somos los guisantes que molestan a las princesas.

Y los monstruos de la noche nos comen de las manos...

### PRECISO ME ENCONTRAR, *DE CARTOLA*

Y ahora voy a oír una canción que no he escuchado desde que me dejaste, como se abandona a un perro.

Deixe-me ir preciso andar,

Vou por aí a procurar,

Sorrir pra não chorar...

ELLA.— Salí porque la idea de permanecer en casa me parecía inaceptable y, sobre todo, temeraria. Después de varios *stops* en la noche, estaba de «saloneo» en casa de un amigo, con el estómago vacío después de cuarenta y ocho horas de birra y orfidal. Allí había cuatro tipos más. Podrían haber hecho un *bukake* conmigo. Hubiera cerrado los ojos y abierto la boca. No había ninguno feo. Podría habérmelos tirado a todos pensando en ti. ¡Lástima! Eran unos caballeros. Mi tristeza les dio respeto o, vaya usted a saber, miedo. A todos les gustaba mi camisa de cuadros. Nos sentamos alrededor una mesa de Ikea, y me guarecí bajo una manta con uno de ellos. El calor humano, ¿sabes?, puede ser la solución al «tarifazo». Cuando empecé a sentirme demacrada por el sueño, amenacé con irme a casa, y él me abrió su dormitorio, y me dijo que, como yo estaba muy triste, no íbamos a follar ni nada. En su cuarto había un ficus benjamina. Alabó una vez más a mi camisa, y me la quitó. De madrugada, deslizó su mano debajo del tanga. Creo que dormía, porque fue una verdadera caricia, de esas que carecen de fin. Al tomar conciencia de mi vello púbico me entró nostalgia de tu barba, ya ves. (*Silencio.*) La única manera que conozco de llevar una relación abierta contigo es ser

Ofelia en la lefa. No habrá pollas ni cuevas del amor suficientes para mí. Llámame «paleta», pero no sé dormir más de tres noches con un hombre sin hacer planes de futuro. Por la mañana hemos hablado, hablamos el chico y yo, de variedades de setas y de sitios donde nos gustaría vivir. Él ha dicho algo sobre la necesidad de viajar. Empiezo a detestar esa prescripción de ver mundo. He abierto los cajones del baño buscando un peine para retocarme, y que mi pelo pareciera menos sucio. Ayer alguien lo acarició y dijo que era fino. Las ventanas del salón estaban abiertas de par en par. Los sofás estaban revueltos y había algo de tufo a resaca. Los demás se iban a desayunar sopa picante al chino, pero no quise acompañarlos. Mientras se ponían los abrigos, me he asomado a la ventana. He respirado una bocanada de aire frío, e incluso Madrid me ha parecido hermoso. (*Silencio.*) Vete a Laos, vete a Camboya, vete a Vietnam, vete a Kuala Lumpur. Descasta el mundo, desanda el planeta con tus excursiones, deléctate con todos los licores típicos, no dejes un centímetro por conocer, coge todos los trenes, súbete a todos los aviones. Haz auto-stop. Intercambia anécdotas de viaje con otros peregrinos de la materia, haz fotos, mándamelas, escíbeme una postal, practica sexo por *Skype*. ¡Pero no me jodas más!

### Mensaje en una botella, a la deriva, en el lago de Casa de Campo

Y como no podía llamarte ni tampoco escribirte, he hablado mucho con Dios. Y como no creo en Dios, hablaba con un amigo invisible. Y, como desde la infancia no tengo amigos invisibles, hablaba sola. Y esto es lo más difícil que he escrito nunca. Ni el *biopic* de Santa Teresa, ni la adaptación de Ibsen. Lo más difícil que escrito nunca es esta carta que tú nunca leíste, que fue a parar a tu *spam*, junto con la viagra rosa, las ofertas de trabajo y un montón de basura digital. Y pensé que tanto dolor no podía quedar en conserva, no, no. Y reenvié el mail a todos todos mis contactos. Y esta es la verdadera razón de *La soledad del pescador de perros*.

Querido Rodolfo:

Nunca he tenido miedo al folio en blanco. Ahora el folio en blanco es como la tapia del cementerio. Sería más fácil vaciar una hoja llena de

palabras que empezar de cero. ¿Por dónde empezar? ¿Por dónde empiezo para volver a empezar?

Me estremece que pueda llegar un día en que las monedas añadan más sueño acumulado a tu foto, la del *Photomaton*, la que llevo en mi cartera. Desde que te fuiste, todos los objetos tienen carácter testamento: los enchufes, pasando por la luna llena y el *Sony Xperia*.

Y todos los demás dicen: «Poco a poco».

Los enchufes, porque durante un tiempo mi electricidad era tu electricidad; mi colada era tu colada; mi olor (genital) era tu olor (genital); mi desayuno, tu desayuno, mi/tu champú, mi/tu almohadón, mis antigripales/tus antigripales. Lo mío era tuyo. Tu lago (el de la Casa de Campo), también.

La luna llena, como un montoncito de farlopa húmeda, te enloquecía. Eso decías ¿no? Y me vi discutiendo, encarnizadamente, la influencia de la luna sobre los seres humanos. Un planeta que se acerca: melancolía. Luego me di cuenta de que la luna era un astro, no un planeta.

¿Quién somos nosotros para pensar que estamos solos en el espacio? Aunque si lo pienso de veras, y de veras lo pienso, estamos solos solos, solos en el espacio y, sobre todo, en Madrid.

¿La soledad es como el ébola! (¿no es hermoso para un célibe morir de una enfermedad que se contagia por un beso? Todo misionero que se precie debería perecer por un largo beso de amor.)

Un célibe, sí. ¿Pero quiénes somos nosotros, los homo-euro-logo-ego-céntricos, para afirmar que no hay Dios? Si Dios existe, te lo digo: es un vampiro. Tiene una gran manga-pastelera-falo con la que nos llena de sangre para sacar-nos-la luego (lentamente) como un maquillaje de Carnaval.

Al salir de Madrid, te dije: «Mi depiladora se queda con mi corazón». Durante veinte días, mi sexo espesó («el pelo de los gatos se espesa en invierno»). Tú estabas en verano, y yo (en el otro hemisferio) en invierno. Se espesaba y adelgazaba (dos kilos por semana). Y sentía que, al adelgazar y al espesar, me preparaba para volver a ti. Pero volver dónde; cuándo a ti; cómo hallarte en ti.

Soñaba volver a correrme en tus brazos, y hubiera buscado cualquier rampa de acceso, de minusválidos, para entrar a ti. Más que el polvo, después del polvo, era el polvo a través del ventanuco, la siesta en la hierba del juego de sábanas desigual.

¡Hacía tiempo que no veía tantas estrellas en el cielo-ciénaga de Madrid!

He huido de Madrid, pero allá donde voy también hay luna y enchufes. Y llevo mi *Sony Xperia* (tu *Sony Xperia*) junto a la arteria (la femoral). Por si vibrases. Por si vibras. Suena el aviso de *WhatsApp*. Por lo general, un grupo de primas lejanas o egresados de la facultad. Podría ser peor. Podría ser Orange o Vodafone.

Escucho canciones para vaciar la luna llena, y todas hablan de desamor. Le dije a mi tía-abuela: «¿Podrías poner música clásica?». La sintetizó a regañadientes: «Ahora ya puedes dormir». ¡¡¡Ahora ya puedo estar despierta sin que me jodas la hoya con tu puta pachanga emocional!!! «Poco a poco, poco a poco». ¡Poco a poco me saco un moco!

No sé qué escribir (¿ya he escrito demasiado?), porque tú también eres escritor. Ojalá fuésemos dos encefalogramas planos, y bastase escribir: TE QUIERO. Una carta de amor, como las de antes, ya.

Hubiera ido a dormir a tu felpudo como aquella ex, tu ex. ¿Qué ex seré yo? Hubiera escrito «te quiero» sobre tu felpudo, como *welcome*. Pero no la recuerdo, la dirección. Solo sé que vives junto a un lago (Batán) que tiene más monstruos que Ness. ¿Hasta cuándo serás cabeza de cartel? (*Silencio*.) Nunca debí devolverte tus prendas. Debí retenerlas (como rehenes).

Un día hablamos de hacer un *Mectic* de calcetines, ¿recuerdas? Los calcetines siempre pierden a su pareja, como yo.

¿Qué? ¿Que tienes problemas? Recuerdo aquella vez que fui a buscarte al lago. Habías llorado y tu casa olía a pescado podrido. Cuando me agaché hasta tu bragueta (quisiste evitarlo), lamí todas tus heridas. Las mordeduras de los siluros de la noche, de los barbos de las aguas subterráneas de Lavapiés.

Olvidarte, mientras las lavadoras siguen funcionando. Lobotomías del olvido. Junto al *Benvinguts*, donde el resto de los peatones del aire secan el barro, escribo «te quiero».

## La custodia compartida de los calcetines

La custodia compartida de los libros.

La custodia compartida de las manzanas.

La custodia compartida del cepillo de dientes.  
La custodia compartida del insomnio.  
La custodia compartida de las ciudades.  
La custodia compartida de los amigos que no compartimos.  
La custodia compartida del perro que no...



Carlos Troya y María Velasco. Foto Jean-Pierre Ledos.

MALENA.— Recuerdo una película de Isabel Coixet. No es la de la chica que está deprimida, y se pasa el día en pijama, comiendo helado, grabando cintas. Es otra que graba cintas, pero... y es la misma actriz, y también está deprimida, pero esta tiene motivo, porque se muere: sin remedio, se muere. ¡Vaya, que os he jodido el final! Aunque, todos nos estamos muriendo. Ella, la de la peli, ha hecho una lista con cosas que hacer antes de irse, y una de esas cosas es enamorarse a alguien. Y va a la lavandería y, allí mismo, conoce a un hombre y «pum»: se enamoran. Y él se disgusta mucho, cuando se entera de que ella se va, se está yendo. Pero lo que a mí verdaderamente me fastidia es que se enamoren en la

lavandería, porque pienso que he derrochado mucho tiempo en el bar y que he gastado una fortuna en alcohol, pudiendo ir a la lavandería.

ELLA.- ¡Me siento tan...!

ÉL.- Alemania ha sometido a Brasil en su Mundial a la mayor humillación de la historia (uno-siete). ¿Y tú me hablas de tristeza? No es que a mí me apasione el fútbol, pero 180 millones de brasileños lloran. 180 millones de personas están llorando.

ELLA.- Tú y yo...

ÉL.- ¿Qué?

ELLA.- Tú y yo estamos en el partido de vuelta.

ÉL.- ¿No te gusta el fútbol? ¿Te gustan los toros? ¿Como a las vacas?

ELLA.- ¡Sí, sobre todo los toros!

ÉL.- ¿Y qué animal vive mejor que los toros?

*Pausa.*

ELLA.- Tú.

*Llora.*

ÉL.- ¡Qué pena! To' el día llorando. Pues algo harás mal tú también, ¿no?

ELLA.- La primera vez que me comieron el coño no pude parar de llorar, menos mal que estaba oscuro. Las lágrimas iban encapuchadas, como abertzales.

HOMBRE.- Precipitaciones entre 200 y 250 milímetros. Las lágrimas esquivan el sotobosque de las pestañas. Los antidisturbios aguardan al otro lado, y las devuelven, en caliente. En algún lugar del corazón, cantan la Salve Rociera para que llueva (*que llueva, que llueva, la virgen de la cueva*), para que el dolor no se haga tumor.

ELLA.- ¿Qué hiciste con los buenos momentos? ¿Los arrojaste al río? Si no aparece su cadáver, ¿quién los olvida?

HOMBRE.- La riada supera los conos de deyección, los lagrimales parecen dos manitas de cerdo. La cara es como un pueblo hundido en el pantano. La nariz asoma como el campanario. La riada se cobra dos o tres vidas. ¿Cuántas más quedan?

## Deja que te demonice

ELLA.— Deja que te demonice, eh.  
Que te convierta en Bestia, eh.  
*Welcome to the* maniqueísmo.  
*Bienvenuti* al victimismo, ¿qué no?  
Al odio: ¿no querías matar al padre?  
Lo odias. Odias a tu padre  
porque os abandonó.  
Tú me abandonas, *ergo* soy tu hija.  
Quizá la mejor forma de matar al padre,  
sea ocuparte de ti, del hijo.  
Mátate. ¿Que ya estás en ello?  
Se puede vivir mucho tiempo,  
te aseguro, en el purgatorio de los excesos.  
Tu carnet de baile es un jodido cementerio  
de automóviles.  
¡Quítate el prepucio del corazón, por Dios!  
¿Tienes ladillas en el alma?  
Podría ser una canción de Silvio Rodríguez,  
pero es la puta verdad.  
Encantador de serpientes,  
Barba Azul,  
terrorista del emotición.  
Y he tenido tu corazón macerando en vino y besos,  
y he tenido tu alma macerando en vino y besos,  
y no ha servido *pa'na*.  
No paras de leer a japoneses.  
Que si Mishima, que si Kawabata, que si Dazai.  
*Indigno de ser humano*.  
(Espero que triunfes en la literatura,  
porque como humano, has fracasado.  
Espero que publiques en un blog).  
Que si Soseki, que si Murakami, que si Akutagawa.  
No paras de leer sobre el *harakiri*,  
pero tú suicidas a los demás.  
Y tu amor arde mejor que la gasolina,  
tu amor arde mejor que la gasolina,



tu amor arde mejor que la gasolina,  
 y tu ano es la zona cero.  
 Y todas las cartas de amor que te escribí contienen ántrax,  
 porque a los cerdos como a ti solo se os guerrea con amor.  
 Mi amor es mi única venganza.  
 Mi amor es mi guerrilla.  
 Te amo. Te amo. Te amo.  
 Por ti me hubiera ido a Japón.  
 Por ti, hijo de la gran puta,  
 hubiera renunciado a mi lengua materna.

**LOVE WILL TEAR US APART, DE JOY DIVISION**

ELLA.— *When la la la hard  
 And ambitions lo lo lo,  
 And la la la high,  
 But emotions lo lo lo,  
 And we we we ways,  
 Na na different roads.  
 Love, love, ta chán, again,  
 Love, love, apart again.  
 Ni ni ni so cold.  
 You uh uh uh on your side...*

MUJER.— Toda la vida estudiando inglés, para... Ya solo tararea, sisea. Sigue bailando, pogos, saltando, y chocando con los muebles que él todavía no se ha llevado, con las paredes de la casa (odioso gotelé) que vieron su ascenso y caída. Y recuerda su primer concierto. En una carpa polvorienta. Entonces no tenía conocimiento de lo que era un pogo. Tacos se puso, se puso tacos altos para los pogos. Pero su amor adolescente no tardó en advertirle que una multitud enfervorecida destrozaría sus zapatos nuevos. Pisada y pisoteada, le pareció que un concierto era *bullying* con música ambiente.

ELLA.— *Love, love, ta chán, again,  
 Love, love, apart again.  
 Why bedroom lo lo lo cold  
 You uh uh uh on your side....  
 La la la so dry.*

MUJER.— Suda y llora. Llora y suda. Se extiende el maquillaje. Y el «spanglish» es reemplazado por un ladrido. ¿Dónde están los vecinos? ¿Hay alguien ahí? ¡Malditos perros! *Spam* emocional y vinilo. Ian Curtis que estás en los cielos...

ELLA.— Me duelen los pies. Ya no siento los pies. Me pisaste.

ÉL.— Relativiza.

ELLA.— Me pisoteaste.

ÉL.— No hagas dramas.

ELLA.— Me pateaste.

ÉL.— Disfruta.

### Los perros huelen el miedo

He tenido tanto miedo a perder, a perder-te, que cuando te perdí, pues... sentí que no había miedo. Y yo que fui la niña más espantadiza, de un día para otro, dejé de temer: a las agujas, a la oscuridad, a las ratas, a los violadores, al paso del tiempo, a las alturas, a la muerte. ¿Y sabes qué sucede cuando ya no tienes miedo a la muerte, cuando te da igual mezclar cocaína, con *Lorazepam*, acostarte con cualquiera, hombre, mujer, o viceversa, no comer en días o comer como una cerda, cortarte delante de un espejo o pintarte como una puerta para que todos te digan la-buena-cara-que-tienes-y-lo-bien-que-tú-estás, quedarte embarazada o volverte estéril? ¿Qué sucede? Pues que no sucede nada, nada, nada. Absolutamente nada.

### Bandalismo emocional

Postes	Orgullo
Fachada	<b>Ego</b>
Lunetas	Cordura
Papelera	Templanza
Contenedores	Luz
<b>Cajas</b>	Inocencia
Farol	Amor propio
Setos	Esperanza
Aro	Expectativas
Retrovisores	Emoción

Arrancaste los postes de mi tendido emocional.  
 Rompiste los espejos retrovisores de mi amor propio.  
 Rompiste las lunetas de mi ego.  
 Quemaste los contenedores de mi orgullo.  
 Quebraste los faroles de mi esperanza.  
 Llenaste de pintadas la superficie de mi inocencia.  
 Doblaste el aro de mis expectativas.  
 Manipulaste las cajas de mi alumbrado.  
 Dejaste sin papeleras las calles de la templanza.  
 Destrozaste los setos de mi cordura.

### Parte de lesiones

ELLA.— Entro en comisaria.

MUJER.— Los uniformes siempre me han inspirado tedio. «¿Presentar una denuncia?» Mucha masculinidad, mucha placa, mucha porra, mucha testosterona, «Al fondo del pasillo», mucho azul, mucho «Barba azul», mucho coche grande, con o sin patrulla, mucha polla encogida, «espere su turno», mucho *sheriff*, mucho blablá, mucho bóxer, «¿aún te compra los calzoncillos tu mamá?», mucha hipoteca, «en la disco, lo único gratis, las chavalas», mucho *footing*, mucho desodorante, «¿superaste las pruebas físicas?, ¿trepaste la cuerda como en el cuento de las habichuelas?», mucha gomina, mucha *Champions League*, mucha canción del verano.

ELLA.— El agente toma nota de la denuncia, golpeando con sus índices...

MUJER.— fálicos.

ELLA.— Un teclado otrora blanco.

MUJER.— Grasiento palimpsesto de huellas dactilares y restos de almuerzo. «A» de alfajor, «D» de Doritos, «M» de maní, «N» de Nutella, «P» de papas, «S» de *snack*. Mientras repite los datos de la denuncia, lanza pequeños esputos hacia la pantalla, que se defiende con banners: banners estáticos, banners animados, banners rotativos. Cuando pone punto y final, se seca la frente brillante (el desodorante ha dibujado islotes debajo de sus axilas), y pregunta: ¿Presenta parte de lesiones?

ELLA.— No, señor. Las lesiones son internas.



Valeria Alonso. Foto Jean-Pierre Ledos.

## Parte de lesiones 2

HOMBRE.— Marque en el dibujo la localización de las lesiones. Ella se acerca. Podría ser el alzado de una mesa de autopsias o un espejo. A la altura del corazón clava el estilete como una estaca. El *Rotring* no es lo mejor para el *action painting*, pintura en acción, o el *dripping*, goteo, pero se hace lo que buenamente se puede. El manchón se extiende como aguatinta: metástasis de rojo, de corazón. El foco canceroso se propaga vía sanguínea, como tren de alta velocidad, a la concha, las rodillas, las falanges, pasando por el punto G, grafiteando los chakras, el yoni y la glándula del timo, y fumándose la sustancia gris. Ojo, rojo, rojo que te cojo, *woman in red*. «No a la sanidad privada». «La sanidad no se vende se defiende». La trabajadora está violenta y no sabe qué hacer.

ELLA.— Puedo ser todas las mujeres de Barba Azul. Puedo tener catorce ovarios. Menstruar los 365 días del año. Sangrar por el coño y por la boca. Ser un feminicidio con pies.

MUJER.— ¿Alguna vez tomó antipsicóticos?

ELLA.– El psiquiatra me dijo: «En lugar de borrarte, emborrona. En lugar de borrarte, emborrona».

Un camión sale a las 8 de la mañana desde A hacia B, a una velocidad de 70 km/h. Simultáneamente, sale un coche desde B hacia A a una velocidad de 110 km/h. Sabiendo que entre A y B hay 225 km, calcula a qué hora se producirá... el siniestro total.

*La luz artificial de un flexo y una lamparita de Ikea. Una bombilla, a un cable pelado unida, como una idea de cómic. Las sábanas, en desorden, sugieren las desca-maciones del cuero cabelludo. Se escucha amortiguado el ruido de un local de alterne y risas que aún no han cumplido la mayoría de edad.*

ÉL.– Puedes ir llamando a la policía.

*Él se acerca, clava su nariz en mi nariz (nuestras narices no son pequeñas), y me escupe al hablar... No me da asco. Es la saliva del hombre que tantas veces se corrió en mi espalda, en mi tripa, en mi pecho, en mi cara, o todos a la vez. Mi cara no expresa nada. Niega el primer plano. Es una máscara neutra. Eso le excita aún más, y se quita el cinto. Detrás de sus ojos de perdido, cubiertos de plenilunio, está el hombre que un día me dijo que siempre sería una niña.*

ÉL.– Siempre serás una niña.

*Torpedamente, enrolla el cinto, y comienza a llevarlo de una mano a otra.*

ÉL.– ¡Me das asco!

*Le beso tiernamente los pies.*

ÉL.– ¡No me toques!

Vuelvo a besar sus calcetines sudados. El cuerpo debe de tener una memoria. Cualquier palabra de consuelo sería más estúpida que una caricia. Consigo que se tumbe en la cama. El tono de aviso de un *WhatsApp*. Me quito el camisón, y me acoplo a su costado, como un parásito. ¡El cuerpo debe de tener una conciencia y una moral! Le acaricio los ojos, con la esperanza de que se quede dormido. Ronca, y sus ronquidos me

tranquilizan. Me sugieren los momentos de intimidad doméstica, el abrazo fraterno después del sexo duro. ¡Puto *Whatsapp*! Pero sus ojos vuelven a abrirse, mecánicos, como las puertas de un garaje donde podría rodarse una película *snaff*, y compruebo que los iris revolotean exorbitados como dos moscas en el invierno. Como si quisieran atravesar las pestañas para unirse en una cópula a destiempo. La luna y el sol se dan el relevo mecánicos, tal y como si el cielo fuera una cadena de producción. Demasiado tarde para quejarme de mi suerte.

ÉL.— Qué suerte he tenido de conocerte, y qué mala suerte has tenido tú. Me dijiste un día. Se escucha cantar a los pájaros de la urbe: semáforos para invidentes, reponedores con buen despertar, etcétera, etcétera. La vida se parece a uno de esos problemas matemáticos con variables sobre el espacio y el tiempo. Así chocaron nuestros cuerpos. Siniestro total.

### Rueda de reconocimiento

MALENA.— ¿Te ha escrito para disculparse?

HOMBRE.— Malena se recuesta en el fogón. Deshace el turbante y el pelo húmedo, como enredadera, cae sobre los hombros. Entorna los ojos. Sus ojos entornados son como la música de un *thriller*. Entonces reproduce una escena en el *living*, viendo los sucesos. Su cara parece un juego de *flipper*, un augurio le va de la nariz a la boca, y de la boca al ojo izquierdo, y del ojo izquierdo al flequillo, y del flequillo al hoyuelo, y del hoyuelo al hueco de la dentadura.

MALENA.— Dan una noticia de malos tratos y reconozco al agresor. ¡Con ese salí yo!

ELLA.— ¿Habías salido con el agresor?

MALENA.— Desfiguró a la mina. ¡La desfiguró! Y antaño era un lindo guacho, sí, sí, que cantaba canciones lindas a la guitarra. También el sexo era lindo. ¡Pero había desfigurado a la mina! La ira, la «merca» ¡Qué sé yo! (*Silencio.*) No dejes que te deformen; no dejes que te deformen como a aquella mina.

## El perro hebreo ladra hav hav

HOMBRE.— El perro español ladra guau, guau, el perro inglés ladra woof, woof, el perro japonés ladra kyan, kyan. ¿Y cómo ladra un perro catalán? Pues, bau, bau, clar.

ELLA.— Mi psiquiatra compara nuestra separación a la de Cataluña y España. Dice que, al menos, por el momento, no podremos ser amigos.

HOMBRE.— El perro armenio ladra haf, haf, el perro brasileño ladra au, au. ¿Y cómo ladra un perro argentino? ¡Este, guau!

MALENA.— ¡Cara de orto!

HOMBRE.— En tagalo, se ladra aw; en esperanto, se ladra, boj.

MALENA.— ¿Y cómo ladra un perro maltratado?

### Síntomas que padece un perro que ha sido maltratado:

- Falta de ánimo para realizar ejercicio físico.
- Desconfianza total hacia las personas desconocidas: puede huir y esconderse o mostrar los dientes para ahuyentar.
- Estado depresivo: no quiere jugar con los miembros de la familia, suele llevar la cola entre las patas.
- Pánico hacia objetos cotidianos: escobas, cuerdas, periódicos, cadenas...
- Ansiedad por separación muy acusada.

### Informe médico, servicio de urgencias

Nº HISTORIA:1957643

Nº EISODIO:1143051

ENFERMEDAD ACTUAL Paciente mujer de 30 años que acude de manera voluntaria y acompañada por un amigo. Refiere que actualmente está pasando por un momento inestable y difícil en su relación de pareja. Durante los últimos días cuenta que su pareja le llama por teléfono por la noche recriminándole hechos del pasado y le llama posteriormente para disculparse, repitiéndose ese patrón con frecuencia. En el día de hoy comenta que ha tenido una fuerte discusión con su pareja y que en el seno de esta ha cogido un blíster de orfidales y mientras forcejeaba ha ingerido 5 o 6 comprimidos de Lorazepam. Posteriormente, su

pareja abandonó el domicilio y la paciente avisó a un amigo contándole lo ocurrido y acudiendo al hospital.

ANTECEDENTES PERSONALES: No reacciones alérgicas medicamentosas.

Situación Basal: Vive sola. Tiene pareja actualmente. Cuenta con buen círculo social.

EXPLORACIÓN FÍSICA: Consciente y orientada globalmente. Llanto durante el inicio de la entrevista, posteriormente más tranquila. Sin alteraciones psicomotrices. Lenguaje fluido y espontáneo. Discurso coherente y estructurado. Sin alteraciones en la forma, curso o contenido del pensamiento. Realiza crítica activa de la ingesta protagonizada.

### El síndrome postvacacional del astronauta

ELLA.- Joder, ¿cómo puedo echar de menos todo aquello? Me siento como un astronauta con síndrome postvacacional... El síndrome postvacacional del astronauta. ¿Sabes lo que les pasa a los astronautas? Caes libremente mientras la tierra orbita y todos tus líquidos (agua, sangre...) se mueven hacia fuera; naturalmente, la cabeza te duele, y sientes presión en los senos.

HOMBRE.- ¿En los senos?

ELLA.- Sí, nasales. Tu rostro se infla, te ves diferente, ni te reconoces; pierdes densidad ósea.

HOMBRE.- O sea.

ELLA.- Ósea. Los huesos pueden hasta romperse.

HOMBRE.- ¡Joder!

ELLA.- ¿Y yo echo de menos eso?

HOMBRE.- Pero hay otra cosa sobre los astronautas.

ELLA.- ¿Qué?

HOMBRE.- Lo he leído en *Google*. Los astronautas tienen visión de conjunto, *overview* en inglés.

ELLA.- No sé inglés.

HOMBRE.- Es un episodio que les cambia para siempre: la-vi-sión-de-con-jun-to.

ELLA.- Yo no tengo de eso.

*Silencio.*



HOMBRE.— ¿Tú sabes cómo mi tía Angélica mataba a los perritos? Cuando la perra, la del pueblo, se ponía alta, se escapaba y se preñaba. ¿Y sabes cómo mataba a los perritos?

ELLA.— No quiero saberlo.

HOMBRE.— Primero los enterraba vivos. En el jardín.

ELLA.— ¡No me jodas!

HOMBRE.— Luego, pegaba con el matamoscas en la tierra. Pegaba así, hasta que dejaban de aullar.

ELLA.— ¡Mierda!

HOMBRE.— Ahora la tía Angélica tiene *alzheimer*. Y yo pienso cómo se puede olvidar tanto tanto dolor.

### Suicidio celular o cuánto tiempo puedo tardar en morirte

HOMBRE.— Son las seis y media. Malena le ha ofrecido té amargo y medias lunas, pero aún tiene los intestinos amodorrados. Llegan a la Plaza de Congreso, y Malena le dice que es más seguro bordearla. Llegan donde las Madres de Mayo, bajo cuyo soportal, y un Che regio-pop-*star*, está Marta o, por lo menos, sus carros, un hatillo con rieles que alcanza más de metro y medio. Antes de ser indigente, fue bailarina y *stripper* en la selva.

MALENA.— Está loca.

ELLA.— ¿A pesar de la rutina?

MALENA.— Lo suficiente para ser feliz a pesar de la rutina.

HOMBRE.— Apareja los cartones y da de comer a las palomas. No lleva bombacha, y los genitales se adivinan. A ella se le cierran los ojos, y se recuesta sobre el capó de un coche. Escucha a Malena, como si estuviera lejos, ofreciéndole más té. El sueño acumulado y la calima. A lo lejos se ve a una persona gruesa ¿hombre o mujer? junto a una papelera: «Sangra».

MALENA.— ¿Sangra?

HOMBRE.— Malena repite lo que dice Marta. Pero es difícil concederle credibilidad a ella que insiste en que la presidenta de la nación quiere arrebatarle sus documentos. El bulto hace una genuflexión frente al basurero. Se aproximan con zancadas vacilantes. El dolor de los otros es como un país lejano. Un sarpullido rojo en el piso les alarma. Los

coágulos de sangre dibujan siluetas burlonas: «Perdón». Una chica gay levanta la vista con las muñecas abiertas como dos viandas de carnicería.

MALENA.— Átala. Voy a buscar una ambulancia.

HOMBRE.— Yadira Noemí se desangra lentamente. La yerba crece más lenta que lo que sucumbe Yadira Noemí. Un *rally* no es tan rápido como la sangre de Yadira Noemí.

ELLA.— No sé primeros auxilios.

HOMBRE.— «No sé por qué lo he hecho». Ella se limita a mesar su cola de caballo entre los dedos.

ELLA.— Todos nos desesperamos a veces, Yadira.

HOMBRE.— Y cuando nadie la oye...

ELLA.— Todos nos desangramos a veces, Noemí.

HOMBRE.— Los cuidadores de perros las rodean. Los perros ladran a la sangre de Yadira. La guadaña les llena de culebrillas frías el espinazo y les hace cariñitos en el hocico. Mientras, la ambulancia y la policía son más lentas que la sangre de Yadira.

ELLA.— Mierda. Joder. Hostia puta.

HOMBRE.— ¿Sabías que la sangre representa el seis por ciento del peso de un perro? ¿Sabías que la sangre representa el siete coma siete por ciento del peso de un humano? Yo tampoco. Malena corre de un lado a otro de la Plaza del Congreso.

MALENA.— ¿Es la ambulancia?

HOMBRE.— La caída de las Torres Gemelas no es tan expedita como la sangre de Yadira.

MALENA.— ¿Tienes alguna herida abierta?

HOMBRE.— Ella mira sus manos. Nunca las vio sucias de otra sangre que la de su propia regla. La ambulancia llega. Los profesionales se desplazan perezosos. «Perdón. Gracias. No sé por qué lo he hecho». Y ella mesa por última vez su cola grasienta.

ELLA.— Te pondrás bien.

MALENA.— ¿Se pondrá bien?

HOMBRE.— Los perros mordisquean el dobladillo de la Guadaña que se sube en la parte trasera de la ambulancia.



Carlos Troya. Foto Jean-Pierre Ledos.

«No puedo enterrarte, joder»

Durante toda una noche, te he estado amortajando (toda una noche de calor pastoso). Y tus articulaciones, yertas (como un *rigor mortis*) me increpaban. Amortajar a un muerto divertido, a un difunto que aún no ha decidido (del todo) partir, es como cambiarle el pañal a un bebé. Una larga larga noche, amortajándote. Todavía, a veces, muy de sopetón, abrías los ojos como plenilunios, ¡si la luna tuviera una gemela!, y me blandías por los hombros con esa violencia que antes me erotizaba, y ahora... serie B, terror. Ochenta minutos haciendo el muerto y volvías a golpearme la cara. Y yo te asfixiaba (con la almohada), pero no se puede matar a los muertos... son peor que las palomas. Una epidemia, una infección. Malditos sean los muertos, porque no cotizan y tienen vivienda de protección en barrios silenciosos.

Estoy en estos pensamientos, cuando, una erección (*post mortem*) me saca el pico. Te golpeo la polla con los cojines. Te golpeo la polla con un martillo patriarca.

No me esperaba menos de ti: morir matando.

Puto genocida empalmado: suelta mi pelo, suelta mis pecas, deja que llene tu boca de algodón...

MUJER.— Durante toda la noche, su barba y sus uñas crecieron sin fin.

### Los Cristales Rotos

ELLA.— Un año después de la noche más fría de todo el invierno, me pediste que fuera a dormir a tu casa. Olía como si se estuviera pudriendo un cadáver. Pusimos una película en el DVD, y pronto te quedaste dormido. La película terminó, y yo estuve un buen rato mirando a la pantalla, sintiendo tu aliento en el regazo, y acariciándote el pelo. Oí las pisadas de tu madre, que solo salía de su dormitorio para ir a orinar con la precisión de un metrónomo. Te zarandéé para ir a la habitación. Regruñiste. No hiciste caso. Entonces tu madre se personó en la puerta. ¡Por Dios que me impresionaba cómo vivía la rutina como una enfermedad terminal! Estaba ahí, y nosotros, acurrucados en su sofá como animales de compañía. Me vi obligada a hacerle una broma: «Le ha gustado mucho la peli». Y tu madre, que siempre veía el televisor, sola, en su habitación, dijo: «Yo he visto una de nazis. Lo malo es que ya sabía cómo iba a terminar».

*Visionado de la serie animé Heidi. Niebla bosteza una y otra vez.*

<https://www.youtube.com/watch?v=Y066zVG-to>

Te dije que si me abandonabas, me compraría un *pointer* «petiso», y le llamaría Rodolfo.

Te dije que si me abandonabas, me compraría un *setter* irlandés rojo, y le llamaría Rodolfo.

Te dije que si me abandonabas, me compraría un *chow chow* color crema, y le llamaría Rodolfo.

Te dije que si me abandonabas, me compraría un *teckel* de pelo largo, y le llamaría Rodolfo.

Te dije que si me abandonabas, me compraría un lobero irlandés, y le llamaría Rodolfo.

Te dije que si me abandonabas, me compraría un San Bernardo con barril, y le llamaría Rodolfo.

### Galgo viejo

ELLA.— Era un viejito pero, a fe, parecía un galgo ahorcado.

MALENA.— ¿Y dónde dices que las viste?

ELLA.— ¿Las fotos? En su celular. Es siniestro ver las facciones de la persona amada recortadas y pegadas sobre otros rostros. Sus cejas en el rostro de un tío de su mamá; sus ojos, perennemente fatigados, en el de un recién nacido; su tez, cetrina, arábiga y oliva; su nariz judía; su preciosa dentadura equina en la foto de una prima lejana.

MALENA.— Terror psicológico.

ELLA.— Terror. Y las últimas fotos de la galería son las de un viejo que agoniza.

MALENA.— ¿Su abuelo?

ELLA.— Eso creo. Fotos que le hicieron antes de morir. Hospitalizado y bajo los efectos de la morfina. ¿Y qué parece? Un galgo ahorcado. Es como verlo a él cincuenta años más grande, Malena. La muerte le ha besado la boca volviendo los labios hacia dentro como dobladillos. Al acabar la temporada de caza, los galgos son colgados de los árboles, arrojados a los pozos, inyectados con lejía... Está entubadísimo, con una vía y un drenaje.

MALENA.— ¿Bondage?

ELLA.— El último. Y me imagino a mí misma a los pies de la cama.

*Silencio.*

MALENA.— ¿Llevas la foto de un cadáver?

ELLA.— Casi-cadáver.

MALENA.— ¿En el celular? ¿Un muerto que no te pertenece?

ELLA.— Pienso que le seguiré amando cuando sea un galgo viejo.

*Silencio.*

ELLA.— Aquel perro ya era viejo, e indudablemente estaba muy enfermo. «Sufre», «está sufriendo», eso me dijo antes de llevarlo al veterinario para ponerle la inyección. Cuando mi abuela era vieja, y estaba enferma, y no comía y no hablaba y no andaba, y apenas respiraba, yo le pregunté a mi padre por qué no le ponían una inyección. Me hubiera gustado que tú me pusieras una, en lugar de decirme: «Necesito un retiro indefinido»; una inyección, en lugar de decirme: «Tranquilízate», «busca, encuentra».

*Como si se dirigiera a un perro.*

¡Busca, Atman!

¡Encuentra, Justine!

Dame la patita, *sí*, tráeme las zapatillas.

*Ella se sienta. Malena la descalza y, amorosamente, le pone las zapatillas.*

### Bestialismo

HOMBRE.— Malena entra con su perro enorme, al que cuida por horas. Le quita el bozal. Mordisquea todo lo que hay a su alcance, y toma su mano entre las fauces. Sin apretar. Mientras Malena le habla de sus fracasos amorosos, la Bestia pone más desorden en el desorden, y perfuma de perro su ajuar. En la cocina, Malena macera un pollo para la cena de despedida, y lo introduce en el horno. Se lleva a la Bestia, que ya ha pelechado a su antojo, y ella vuelve a su dormitorio, donde se queda traspuesta hasta que los gritos de Malena la despiertan. El pollo se ha carbonizado. No se distinguen las cebollitas de las patatas ni las patatas de las cebollitas. Malena rompe en llanto: «La concha de mi madre, la concha de tu madre. La concha de la vaca Aurora. Nada me sale bien. ¿Cuándo voy a tener suerte?» El sosiego llega veinte minutos más tarde, cuando trinchan la carne. «Se puede comer», y se meten un pedazo completamente ennegrecido a la boca.

MALENA.— ¿Viste qué ataque de histeria?

ELLA.— Son cosas que pasan.

HOMBRE.— Malena, su nombre rima con magdalena y luna llena.

MALENA.— Un novio me dejó por algo así.

HOMBRE.— Exclama entristecida. Ella rellena los vasos e introduce en su boca un segundo trozo de carbón. Lo mastica, y lamenta en silencio por qué no le gustan las mujeres. Malena se ha puesto un vestido. De flores. En casa siempre va hecha unos zorros. Se ha trenzado el pelo. La falda abullonada le hace parecer una bombonera. Solo le falta un lazo en la cabeza. En la cabeza solo le falta un lazo.

MALENA.— Estoy en el parque. He perdido a la Bestia de vista. No lo creas. No te creas. Pero generalmente estoy jugando con ella con el plato. Le lanzo el plato una y otra vez. Para arriba y para abajo, para que se canse. Cuando quiero darme cuenta, la Bestia no está. Se ha ido. Eso que no se separa de mí. Empiezo a inquietarme. ¿Qué le diré a su dueña? La busco. La llamo por su nombre y por otros nombres. Pregunto si la han visto. Al cabo de un rato, llega muy contenta, demasiado contenta, la Bestia, meneando el rabo. Me mira con ojos brillosos como mejillones (¿desenterraste un hueso?) y me sonrío como una persona. ¿No te habrás comido una rata? Guarra, escupe. Te canta el pozo. Intento abrirle la boca, pero no cede. No da su pata a torcer, enrocada en una sonrisa sardónica, soca so, so, *sít*, suelta, sota, loca, abre la boca. Así, sin dejar de mover el rabo como la aguja del reloj. «¿Es tu perra esta?» Una mina se acerca. Sí. No. Bueno, sí. La Bestia culposa baja la cabeza. Al rabo se le han acabado las pilas. «Te lo digo porque la han montado» ¿Qué? ¿Quién? «Un pointer blanco. Un perro como de caza». ¿Y han acabado? ¿Que si han acabado? Sí, me temo.

ELLA.— Mi amiga dice que leyó en algún lugar que las mujeres se enamoran más o menos en función de los orgasmos. (*Silencio.*) Soy anorgásmica. Quizá, por eso, nunca conseguimos hacer el amor, siempre follábamos como animales.

*Pausa.*

ELLA.— No pensaré en los amaneceres que no veremos juntos. Pensaré en las posturas que dejaremos de hacer. Para una persona, como yo, logocéntrica hasta el terror, educada en un catolicismo paralizante, es un mérito, llegar, como los peces, a respirar por la piel.

*Pausa.*

ELLA.— Me compraré un perro y desearé que él logre lo que yo no logré, la tarea que yo dejé sin solución: ser perra, que las serpientes se enrosquen en mis piernas y los peces naden en mis manos. Hacer el amor en cualquier parte, y sin amor.

*Escena final de Damnation, de Béla Tarr*

<https://www.youtube.com/watch?v=oGXW-u74CB8>.